

Principios.

Pobreza y alegría,
con cierta sombra escéptica
al ver el gesto hipócrita
del pseudo-liberal.

Horror á la rutina;
desprecio á los estúpidos
que ayer anti-monárquicos
hoy piden sólo real.



Fines.

Quitar los antifaces,
para enseñar al público
á todo aquel chupóptero
que esprima la Nación.

Reir á carcajadas
del Ministerio fósil,
y hacer tragar la píldora
al necio y al santón.

LA PILDORA.

MEDICINA NACIONAL PROPINADA AL PÚBLICO.

SE ADMINISTRA SEMANALMENTE.



La orquesta ministerial sigue tocando el mismo *aire*; *aire* que podrá convertirse en huracán si no se varía de tono; el coro canta las alabanzas con tal entusiasmo que apenas llegan los murmullos del pueblo hasta la excelsa mansión de los dioses de ayer, y los monaguillos cimbrean el incensario con empuje tal, que esparciendo el humo por la altura, ciega á los que en ella viven.

Los dioses en tanto se frotan las manos de gusto, sonrien como los antiguos augures, y repiten, tambien en coro: ¡esto va bien! ¡esto va bien!

Los que de ello no quieran convencerse, son reaccionarios *pur sang*; porque ahora hemos convenido en que todos aquellos que no apoyan al Gobierno son necos; la intencion como se vé es sana; y ya puede acumular el Gobierno provisional torpeza sobre torpeza; váyase V. á decirlo á un liberal-realista y verá cómo le recibe. He dicho liberal-realista, porque, eso sí, liberales ante todo; pero realistas despues. Alguno tal vez, menos *liberal*, le contestará: «honbre sí, tiene V. razon; pero ¡qué caramba! hay que apoyar al Gobierno!» y con esto le tapan la boca al *ménos* pintado.

Pero en fin, á pesar de todo, podemos vivir tranquilos, puesto que el Sr. Sagasta nos asegura que el Gobierno provisional *no tiene el derecho ni la voluntad* de negarnos lo que es nuestro. Esta declaracion, por lo espontánea, sencilla y franca (estilo ministerial), me gusta.

¡Oh sencillo: de los tiempos patriarcales! reflejo de las almas candidas y de los ministros aturdidos! Tú has de regenerar la patria; dígalo si no el señor Massa y Sanguinetti, quien con inocencia igual á la de don Práxedes, lee en el teatro de Málaga, ante un público republicano, los partes del ministro de la Gobernacion, y se extraña de que ese público le conteste con un viva unánime á la

República, probando por su decision y entereza que no tiene nada de monárquico-ministerial y mucho menos de liberal-panzista. ¡Oh candidez! Si; tú has de regenerar esta pobre España, mandando tocar la marcha real cuando pasen revistas nuestros generales; tú nos harás felices dándonos un Consejo de Estado; de ti todo lo esperó, hasta la impunidad asegurada al patriarca de las Indias.

La ley se ha hecho para el pobre; el potentado puede hollarla; sólo hay Código para el pobre, sólo hay castigo para el pobre, cárceles para el pobre; mas para un arzobispo nada de eso existe.

Pero, ¿qué haces, pueblo? ¿Duermes aún? ¿Tanto te embrutecieron tus reyes, que ya ni pedir justicia sabes? ¿Ni sabes que tienes derecho á pedirla? ¿No tienes ya voluntad? ¿No sabes lo que te hace falta, que así dejas que otros piensen por tí, hablen por tí, se muevan por tí? ¿Dejarás como por lo pasado, que á costa de tu trabajo se enriquezcan otros que te tratan como esclavo, ó preferirás y aceptarás, como algunos, un jornal que no hayas ganado, envileciéndote así más y más?

No: basta ya de adulaciones arriba y abajo; basta ya de incienso, basta de privilegios, hágase la luz, dígase la verdad, y caiga el malvado donde quiera que estuviere.



Cuando el país está satisfecho de libertad y tienen la ganga de contar entre los individuos de su gobierno nada ménos que á heroes ¿qué más puede pedir?

El patriota que en los pasados tiempos se prometia todo un porvenir de dicha al exclamar, aparte de la influencia de un polizonte: ¡cuándo vengan los míos...! no se frotará las manos de gusto al ver á los *señores* llegados, y tan *llagados* que tengo para mí que no ha de faltar quien, por espíritu de descontento, desee que se marchen...?

El pueblo que soñaba en Jauja al escuchar las promesas de los entonces conspiradores ¿de-

jará de cantar un himno patriótico para demostrar su alegre entusiasmo al ver realizadas sus esperanzas de felicidad bajo las seductoras formas de *empréstito* y *contribucion* con que se pretende aligerarle patrióticamente en nombre de su revolucion?

¿Quién negará al Gobierno el talento, el acierto, la franqueza y, sobre todo, el liberalismo?

Liberal y revolucionario es hasta la pared de enfrente, como quien dice, mientras todos digamos ¡amen! que si alguno levanta el gallo, no podrá ménos de soltarle el toro, aunque lo hará con el decoro debido... pero no todos han de tener tan mala sombra como el gobernador de Málaga, que á las primeras de cambio se le subieron á las barbas.

Hemos admirado la oratoria ministerial, y desde el estilo inválido del señor Lorenzana hasta el arquitectónico del señor Topete, todos estuvieron á la altura de aquellas circunstancias de bombo y entusiasmo en comision.

Sus declaraciones no pueden ser más terminantes; sus hechos no pueden estar más en armonia con lo que *quieren* decir. Si alguno no los entiende ó los entiende mal, no tiene derecho á quejarse de lo que crea una contradiccion en la práctica, pues podrá decirle el Gobierno, que él no habla para tontos.

Y si no observamos sus hechos y dichos, sus palabras y sus obras, que mal intencionado debe ser el que no encuentre la más perfecta armonia entre lo prometido y lo ejecutado.

La junta de donde procede el actual Gobierno fue producto del sufragio UNIVERSAL... de Madrid; y sobre esto no tenemos que decir una palabra los madrileños, que debemos estar satisfechos al vernos elevados á la alta significacion de representantes suficientes de toda España.

Esa junta madrileña... digó, nacional, nombró un gabinete... y aquí encontraremos una dificultad de expresion para no dar motivo de censura á las malas lenguas: la junta nombró á varios individuos de ella que se nombraron ministros.

Antes de proseguir, cualquier disculo pudiera recordar que uno de los primeros decretos del

Gobierno fue invalidar los nombramientos que hubieran recaído en individuos que formaron juntas en provincias, y de aquí que el ministerio actual debiera considerarse no nombrado por ser compuesto de junteros... pero esta consideración nos conduciría a fatales deducciones, y francamente, entre el polizontismo pasado y el militarismo de hoy... prefiero la revolución de veras.

Y no se puede prescindir de esas delicadezas de forma en gracia de pertenecer a un Estado a cuyo frente figuran hombres de indudables antecedentes y que son una garantía... para San Bernardino y Fernando Pío?

Sigamos por la senda de las armonías ministeriales de los representantes de la revolución, y hallaremos junto al banquete del presupuesto, dignamente repartido entre los patriotas que no tasan su patriotismo en menos de 20 ó más miles de reales; veremos, digo, al lado del banquete, la bancarrota remendada con una postulación lacrimosa dirigida con la mayor dulzura al bolsillo nacional.

Y tendremos, que si el país es pobre á fuerza de hacer ricos á sus gobernantes, hoy estos mendigan un mendrugo más, que nadie debe negar, interesado como está en el crédito general, que tanto sufriría, si no se pudiera hacer frente á las religiosas obligaciones que imponen las nóminas de los *manó-eratas* que pretenden desquitarse de su hambre atrasada... ¡todo por el bien del país!

Tras esta gastronómica armonía, se sucede la no menos grandiosa que produce la conducta de un gobierno nacido de la más radical de las revoluciones, comparada con su candido deseo de buscar por esos mundos un hombre bastante estúpido y bastante hambriento, para que admita el destino vacante que existe en el palacio de Oriente.

Y junto á la creencia del pueblo que se juzgaba fiel intérprete de unos hombres que pisotearon la ley con la impunidad sagrada que dá el derecho de la fuerza y del engaño, ¿decidme si no hacen un perfecto acorde, las ideas de esos mismos hombres que serán muy capaces de administrar, al pueblo que los aclamó, la ley de sus deseos por medio de sus cañones?

Y ese gobierno tan parco de hechos, como largo fué de promesas, cuando aún desempeñaba el ambiguo papel de aventurero, es hoy muy cauto para decirnos que ciertas cuestiones fundamentales las deja intactas, por más que esas cuestiones las prejuzgue y las entregue con una buena fe digna de encomio á unos representantes que se hará elegir á gusto del consumidor.

¡Ah! la partitura es magnífica, las armonías se suceden diariamente y aunque alguno sueite un gallo de vez en cuando, debe dispensársele en gracia de haber estado mucho tiempo fuera de la escena.

Escuchemos con fe y con buen deseo, y admiraremos estas armonías:

Un gobierno revolucionario y popular, cobrándose un presupuesto hecho por un gobierno tiránico y aristócrata.

Unos caudillos del pueblo llamándose excelencias, y unos casi-regicidas dejándose salutar con los honores de un monarca, al son de una marcha escrita para las testas coronadas.

Un gobierno impuesto en nombre de la libertad, dando decretos vergonzantes de represión.

Unos generales indisciplinados, recomendando la disciplina en circulares escritas en son de amenaza.

Un gobierno cuyo ejército está unificado para sostener no se qué, y ostenta en varios de sus individuos insignias que otros arrancaron: los unos representan los partidarios liberales que dieron de bueno ó mal grado su aprobación al levantamiento; los otros representan... ¡quién sabe! al lucir limpios y brillantes los atributos que el día 29 de Setiembre se tenían como el símbolo del régimen de los tiranos.

Un pueblo que pide *Libertad de cultos*, y un

gobierno que la niega en nombre de un deseo de *pudor y delicadeza*.

Unos hombres que quieren llevar *intacta* la cuestión religiosa á la decisión de la asamblea, y no tuvieron reparo en tomar medidas, abrogándose atribuciones que sólo á las asambleas competen, como el establecimiento de un nuevo empréstito, etc.

¡Armonías deliciosas...!

Si antes hubo un Gonzalez Brabo que saludó á la joven democracia para atentar contra ella de la manera más ignominiosa cuando era poder, hoy tenemos toda una agrupación que saludó al porvenir liberal de la nación y no dejará de hacer lo que Gonzalez Brabo. Para eludir este resultado, sólo hay una solución: que se retiren estos hombres y ganará mucho su historia futura y la del país.

Un falso héroe aún puede conservar su prestigio si se retira á tiempo de la espectación pública.

PILDORIANA.

Ven, monarquía, ven, prenda adorada,
que por siempre nos unan tiernos lazos.
En mi pecho descansa, dulce amada:
abrigo te darán mis fuertes brazos;
apóyate en mi espada.

Lo que valgo ya sabes
y lo que quiero
aunque á tí te lo digo,
á otro lo cuento.
Alza, morena,
juntándose contigo
siempre se pesca

Abandonaste el cetro y la corona,
y adorna un gorro frigio tu alba frente.
El pueblo para verte se amontona...
no temas nada de él, ¡es tan elemental!
y mi valor te abona.

Tienes tantos amantes
que estoy celoso:
¡quién pondera tu cutis
y quién tus ojos!
Aquí, está visto,
no soy solo el que sabe
que es de oro el Cristo.

Alabo en todas partes tu belleza,
tu ademan, tus encantos y tu gracia.
¿Por qué anubla tu frente la tristeza?
¿Te hace sombra tal vez la democracia?
¡Confía en mi destreza!

Ya sabes que yo puedo
más que otro alguno,
porque tengo la fuerza
dentro del puño;
y aquí el que mauda...
manda; los demás miran,
pero se callan.

Ya sabes que de tí todo lo espero;
ya sabes que por tí juego la vida;
sobre el trono de España alzarle quiero,
y en él te asentaré, prenda querida,
ó moriré primero.

Cuenta con mi promesa,
bella adorada,
y haz que me ayude un poco
la democracia.
Porque sin ella
tú te quedas sin trono
y yo sin reina.

Y despues de cantar estas endechas
al pié de una ventana, Juan soldado,
sacó la espada, echó el tricorno á un lado,
y tomando las calles más estrechas,
entró en un callejón, del cual no ha hallado
la salida á estas fechas.



La escena representa un comedor.—En el centro hay una mesa servida en la cual figura un enorme pastel.—Sale Cocodrilo con un gran cencerro.

Cocodrilo.—¡Se abre la digestion...! (*Toca el cencerro, y acuden los convidados*).

Un ex-galan.—Señores, hablemos y comamos; creo que no nos será difícil.

Un cata... salsas.—Probemos...

Todos.—Eso es; probemos. (*Alargan el cucharon*.)

Cocodrilo.—¿Hace falta el cencerro...?

Un neófito.—Difícilmente nos pasaríamos sin él....

Cocodrilo.—Es que me ocupa las manos...

Un ex-redactor.—Que se lo cuelgue al cuello!

Todos.—¡Que se lo cuelgue!

Cocodrilo.—(*Colgándose el cencerro al corbata*).—¡Gracias señores, gracias!

El ex-galan.—Señores, voy á hablar...

El cata... salsas.—¿Necesitas el revolver?

Ex-galan.—No, y eso que el asunto es serio.—La cosa se va tornando oscura, los descontentos aumentan.

Cata... salsas.—¡V... e... deu! ¿Y quién está descontento?

Algunos, mascando á dos carrillos.—Nadie, mi general; nadie.

El ex-redactor, engulléndose media perdiz.—¿Descontentos? decid más bien que estamos admirados, estáticos....—*Pimiento*, dame más perdiz.

Ex-galan.—Si señores, los reaccionarios nos arosan vestidos de revolucionarios: la gente murmura, los papeluchos echan chispas y la agitación crece.

Cata... salsas.—¿Quieren ustedes que los fusile?

El ex-redactor.—No estaría mal un ensayo. ¿Qué dice á eso Cocodrilo?

Cocodrilo.—Que Dios salve á la situación! ¡Dios salve al país!

Cata... salsas.—No reces más, Cocodrilo... y apúntanos una idea.

Cocodrilo.—(*Moviéndola cabeza y haciendo sonar el cencerro*). Una idea!—Para mí la quisiera...

Ex-galan.—¿Quién tiene una idea? ¡Buscadla!

Todos.—¡Una idea! ¿Quién tiene una idea?

Cocodrilo.—Yo creo que tengo una.

Cata... salsas.—A ver, pre-éntala.

Cocodrilo.—Es preciso hacer un discurso.

Ex-galan.—Yo no hablo más en público...

Cata... salsas.—Yo me corto y se me ruboriza el sable.

Cocodrilo.—Es preciso traer *aquello*.

Todos.—¿Y qué es *aquello*?

Cocodrilo.—Hombre, *aquello*, es... ya sabeis, la forma ¡pues! la...

El neófito.—Sí, la república.

Ex-galan.—¡Qué horror!

Cata... salsas.—¿Quién ha pronunciado esa palabra?

Todos.—¡Fuera el tirano...!

El neófito.—¡Perdon!... yo... (*se atraganta con una espina*).

Cata... salsas.—Hoy te quedas sin postre y ¡cuidado con otra vez!

Cocodrilo.—¡Impudentes jóvenes! ¿Aquello, es el deseo del país?

Cata... salsas.—¿Quién cuenta aquí con el país...?

Cocodrilo.—Chist; que nos pueden oír de fuera.—Aquello, decía, que es lo que nos ha de salvar, es la monarquía.

Todos.—*Bravo!*

Cocodrilo.—Si, amigos míos, la monarquía es la forma sensata que nos ha de unir y sostener... ahora hay que pensar en el rey.

Cata... salsas.—Cocodrilo ¿qué tal te parece mi aspecto?

Cocodrilo.—Chico, estás algo *funé*, ¿por qué lo preguntas?

Cata... salsas.—¿Qué tal me estaría la corona?

Cocodrilo.—Hombre, parecerías un rey de baraja... ¡si fuera yo!

Ex-galan.—¡Alto ahí! que á buen mozo nadie me ha ganado y aún estoy de buen ver. Además, que yo he hecho ensayos reales, y me es más familiar...

Cocodrilo.—Señores, vamos á juntarnos más revés que en la baraja: lo principal es acordar aquello, ¿qué decis?

Ex-redactor.—¿Y seguirá el convite?

Cocodrilo.—Ya lo creo.

Ex-redactor.—¡Viva la monarquía!

Cocodrilo.—Es preciso preparar al país...

Cata... salsas.—Basta con que se preparen mis tropas.

Cocodrilo.—¿Puedes contar con ellas? ¿son leales?

Cata... salsas.—Ya ves; como educadas en mi escuela.

Cocodrilo.—¡Me escamo!—En fin; concluyamos repartiéndonos el pastel.

(Cocodrilo divide el pastel y en su centro hay una cajita con una etiqueta que dice: *monarquía*...)

Todos.—¡Oh qué sorpresa!

Cocodrilo.—Es del cocinero nacional.

Todos.—La monarquía: ¡á ver! (*Abren la cajita y sale un mico con un gorro frigio*).

Todos.—¡Puf, qué escándalo!

Cata... salsas.—¿Quién es el cocinero? voy á mandar que le peguen cuatro tiros.

Algunos.—Hombre, no sea Vd. bárbaro; es un cocinero de mucha influencia.

Cata... salsas.—¿Su nombre...?

Otros.—¡El pueblo...!

Todos se van silbando la marcha real detrás de Cocodrilo, que los guía con el cencerro al cuello.

Cae el telón. El público se rasca el bolsillo y no halla un cuarto. La orquesta comienza el himno de Riego y pierde el compás.

«El general Prim era ayer uno de los fautores de la revolución española, y en calidad de tal dirigía á los soldados que pretendía convertir en instrumentos de su ambición, exhortaciones, cuya traducción pudiera ser la siguiente.

«Oficiales y soldados: la insurrección es el más sagrado de los deberes. Los que os digan que las bayonetas no tienen el derecho de pensar, mienten. No olvidéis que sois ciudadanos y que por este título debéis hacerme el favor de derribar lo más pronto posible á ese Gobierno que os obligan á defender; con el fin de que yo, «Prim, que no puedo contener mi impaciencia, pueda obtener una cartera ministerial, ó si la ocasión lo trae á mano, una corona imperial.»

¡Bravo! ¡bravísimo!

Los soldados, arrebatados por la elocuencia del Sr. Prim, han consumado la revolución que tanto se les había encarecido; pero al día siguiente el mismo Prim, dirigiendo á las mismas tropas, á esos mismos oficiales, á los mismos soldados, una alocución en estos términos:

«Representantes de la obediencia pasiva: ven vista de que ya no os necesito para derribar nada, permitidme que cambie vuestras atribuciones. Decididamente he abusado no muy francamente de vuestro candor: los que decían que las bayonetas no tenían derecho de pensar estaban llenos de razón. No os creáis ciudadanos ni por asomo, y ya que he podido aprovecharme de vuestros excesos y que me halló redondeado, os prohibo el volver á las andadas, y en último caso, os haré fusilar para curaros de vuestra ligereza.»

Tal es en pocas palabras el salto mortal que causa la admiración de algunos. Es, lo que se llama sentir homenaje á la ley que se ha violado: sistema cómodo que está al alcance de todos los pretendientes, de todos los soñadores de golpes de Estado; sistema por medio del cual se justifican los mayores atentados.

Se pisotea por interés personal la ley y las instituciones, y al otro día, que ya es excusada la violencia, puede cualquiera pretender justificarse afectando un aire contrito y suspirando, con los ojos clavados en el cielo, esclamar:

—¡Dios mío! ¡cuán arrepentido estoy de lo que he hecho!

¡No os parece oír delante de un tribunal á un acusado de violación esclamar:

—¡Ah! he violado á... es cierto; pero ha sido para darle una prueba de mi cariño!...

(Traducción del Charivari.)

Algunos acalorados y descontentadizos sospechan que el Gobierno provisional, á pesar de sus promesas, no ha de ver con gusto el armamento de ese mismo pueblo que les ha dado y continúa idem para comer, vestir y otros excesos.

Calmá, señores descontentos, calma, que el Gobierno no se privará del gusto de armar al pueblo, aunque no sea mas que por el placer de desarmarle luego.

Acordaos si no de la cara de héroe satisfecho con que el ahora general Prim entraba en Madrid el año 1843.

Confiad en que la memoria del recién hecho capitán general D. Juan Prim le recordará que el pueblo armado es un poderoso auxiliar para los ascensos en la carrera militar, y que su desarme siempre produce algo que halague el amor propio del desarmador.

Ejemplo de esto lo fué, entre otras cosas, aquella magnífica y única corona con que se obsequió á D. Juan Prim desde la casa del marqués de Santiago cuando triunfalmente entró en Madrid el año 1843.

El general Serrano es todo un héroe, á pesar de lo que en contrario afirman algunos *reaccionarios*, según opinión de los ministeriales.

Yo admito que el estar siempre al lado de la fuerza dominante exige menos heroísmo que el encontrarse alguna vez en frente de ella.

Pero reconozco qué puede ser un héroe el que se ponga al frente de las fuerzas que han de acuchillar, ametrallar y fusilar á un pueblo que pide libertad, aun cuando ese héroe sea Serrano.

Y también reconozco que puede ser un héroe el que se ponga al frente de un pueblo que pide libertad, dispuesto á acuchillar y ametrallar al que se la niegue, pero no á fusilar aunque sea preciso, aun cuando ese héroe se llame Serrano.

Y por último, al que dude que el general Serrano es un héroe, le recordaré que allá por el año 43, los conocidos con el nombre de *patulea de Prim* se entregaban al inocente placer de arrancar los bigotes á los pícaros liberales.

Ahora bien; Prim está otra vez en el poder y manda más que el año 43; el general Serrano lleva bigote, se llama liberal, y sin embargo está algunas veces al lado del general Prim, sin que por esto le flaqueen las fuerzas.

¿No es este hecho suficiente para calificar de héroe al general Serrano?

Encuentro muy natural en las actuales circunstancias que cualquier imponente de la caja de Depósitos se encuentre al ir á recoger dinero con la puerta cerrada uno y otro día.

No menos natural me parece que el cuitado que confió sus fondos á dicho establecimiento, cuando vaya á reclamar lo que necesite, de su cuenta corriente ó de un depósito, se encuentre con que la Caja no le dé un cuarto.

Y encuentro algo más que natural entonces, que el imponente comprendido grite en un momento de olvido: ¡favor! ¡la guardia!

La situación precaria del Tesoro tiene exigencias anormales.

En virtud de ellas, todo el que vaya á recoger dinero que depositó al cuidado del Estado, recibirá bonos del Tesoro... y alguno que otro solución á guisa de interés.

Admitidas las circunstancias antedichas, reconozco en el Gobierno el patriotismo de no devolver á sus dueños el dinero, y pregunto:

¿Se paga también á los empleados en bonos del Tesoro?

Se van á repartir *revolvers* entre los agentes de orden público.

Supongo que no será para *comprometer* á los ciudadanos á suscribirse al empréstito ministerial.

Los agentes de orden público con armas de seis tiros, me hacen el mismo efecto que los veteranos con un Santo-Cristo colgado del cinturón.

Problema: Dado el sombrero de castor de un agente y un revolver de ordenanza, averiguar los días que tardará el Gobierno en predicarnos el orden á tiros.

El Sr. Massa y Sanguinetti ha hecho dimisión de su destino de gobernador de Málaga.

El Sr. Sanguinetti no debió encontrar muy á gusto el país á que iba destinado.

O el país aquel no encontró simpático al señor Massa.

Este fiasco me desconsuela en dicho señor, que en adelante añadirá un título más á la lista de sus nombramientos, y cuando tenga que escribir alguna orden, dirá:

«Don Fulano Massa y Sanguinetti, ex-emigrado, liberal de conciliación y ex-gobernador silbado, etc. etc.»

El gobernador de Oviedo—dicen—ha presentado su dimisión.

O los de Oviedo son gentes ingobernables, ó el dimisionario se ha convencido de que no sirve para el caso.

Si los funcionarios superiores del Gobierno empiezan á estimular con el ejemplo la modestia de los ministros, nos veremos el mejor día sin unos y sin otros.

Hay cosas que son mejor para *vistas* que para *deseadas*.

Los individuos firmantes del manifiesto *conciador* han celebrado un banquete en el que ha reinado la mayor armonía, al decir de ciertas publicaciones alabarderas.

Mucho extraño esta armonía en ciertos hombres, tratándose de comer.

El Sr. Olózaga marchará á Francia cerca del *chato* de Diciembre, para arreglar algunas menudencias monárquicas, y convenir en quien ha de ser el favorecido.

Con este motivo, D. Salustiano se propone exponer á la silba pública un folleto titulado *La horca antes del lugar*.

De vernos en el trance de tragar *provisionalmente* un rey, prefiero que sea el *chato* de *allende* quien patrocine al futuro mo...nar...caaa...!

El señor *diez y nueve* reales tiene buena mano para sacar reyes de *pila*, á juzgar por Maximiliano.

¡Del mal... el ménos!

Las manifestaciones republicanas van demos-

trando la inmensa mayoría con que cuenta la idea anti-monárquica en el país.

Las manifestaciones monárquicas, con su entusiasmo de orden superior, su influencia *nomínica* y el coro de alabarderos, quedan reducidas á cantidades insignificantes.

Díganme Vds.: y si despues de esto se vota la monarquía en las Cortes, ¿se habrá jugado limpio?

Hace las delicias del público el cartel que se ostenta en la Puerta del Sol, en donde se pide con mucha necesidad que esto siga como hoy está ¡¡¡siquiera!!! hasta el año 1870.

Ese *siquiera* vale un tesoro (no el español), y me demuestra que la idea del citado cartel se debe á la antigua redacción de *La Iberia* y compañeros de nómina.

Es tan natural este desco, y tan en armonía con aquella máxima, no sé si de Perico el ciego ó de algun santo: *conservare destinis!*

Algunas preguntas.

¿Qué hay del inventario que se está verificando en Palacio?

¿Se ha terminado?

¿Quedan en poder del Estado las alhajas que dejó en España la ex-reina?

Si no quedan ¿con qué se pagarán las deudas que probablemente ha dejado aquí dicha señora?

Y si quedan ¿es cierto, según hemos oído, que por la aduana de Irun han pasado varios cajones pertenecientes á la referida doña Isabel y que para facilitar su paso se declaró que contenía tabaco?

Conocemos la proverbial rectitud del señor administrador de la aduana de Irun, y si el hecho es cierto, creemos que sólo lo haya consentido teniendo ya órdenes terminantes sobre el particular suponiendo que haya tenido conocimiento de él.

¡Ay, Salustiano, te ausentas para marchar á París... pero no el marcharte sientas, pues se quedan muy contentas las gentes de este país.

Tal vez llevas la misión de buscarnos con talento un monarca bonachón: ¿cuánto, por la comisión, te dán de tanto por ciento?

Al verte á Francia partir, lloran todos de placer... y los oírás repetir: —Ojos que te vieron ir... ¡si nó te vieran volver!...

Es verdaderamente chocante que todos los periódicos situacioneros, los que parece que no debían serlo, y los hombres afectos al Gobierno provisional, digan con toda la sangre fría de que es capaz un ignorante, que es reaccionario todo periódico que en cualquier forma se permite censurar los actos públicos pasados ó presentes, de los que hoy cobran del presupuesto, y deduzca de esto las ineludibles y poco consoladoras consecuencias á que dan lugar tales aserciones.

El medio es *ruin* pero eficaz para los de inteligencia algo obtusa.

La Píldora quiere contribuir con su óbolo á la prosperidad de los ministros, y por lo tanto se suscribe al empréstito llamado nacional por diez mensualidades de la subvención que á sí misma se ha señalado (y que no cobra), á razón de 80,000 duros anuales.

No se dirá que es menos *patriótica* que Serrano, Prim, etc.

¿Por cuánto se suscribe *La Iberia*?

El ministro de la Gobernación, señor Sagasta, ha decretado con fecha 22 del actual, art. 5.º, que se restablezcan todos los ayuntamientos que las juntas revolucionarias disolvieron, y se disuelven los que estas crearon.

Si se admite que el señor Sagasta procede en esto con justicia, y que las juntas revolucionarias no *debieron en justicia* disolver corporación alguna de carácter administrativo ni gubernamental, ¿por qué no empieza por dejar el puesto que ocupa con la misma justicia que los ayuntamientos citados ocupaban el suyo?

Es altamente sorprendente y edificante que el señor Sagasta administre justicia al prójimo y no la admita en su casa.

¿Si será liberal, eh!

Te vió pasar, general, el domingo en el paseo al son de la marcha real, y te dijo un liberal: ¡eres turco y no te creo!...

Y hubo quien, al verte manso y con maneras tan llanas, dando vueltas sin descanso, dijo, por boca de ganso: que eras, Juanito, un Juan lanas.

Y no faltó algun furriel lleno de hélico ardor, que á la disciplina fiel gritara con voz de miel: ¡viva Juan emperador!

Y algun crítico sañudo que con intenciones bajas comprender tu fe no pudo, murmuró, al verte el escudo: que juegas con dos barajas.

Y tanto, tanto se ha oído... no sé si tú lo sabrás... más puedes estar creído que aquí ya te han conocido: no te quiero decir más.

A pesar de que la atención pública debe preocuparse de asuntos más serios, no deja de ser agradable el distraerse un momento con las chavacanerías del ministerialismo.

La Iberia, que en la oposición era un papel de nervio, furibundo y puritano, es hoy ante el festín de sus ex-redactores una gaita gallega.

El periódico serio se ha convertido en bufo; su rugido es música celestial y su látigo un incensario.

Comprendemos que la prosperidad afemine y haga degenerar al más fuerte varón; pero nunca creíamos tener que deplorar casos de estupidez en los favorecidos por la fortuna.

En uno de los últimos números del citado papel, me encuentro con un epigrama, tal vez escrito de buena fe, pero que no puede menos de escitar la hilaridad del país.

Asegura muy formal, que los republicanos están en un error al creer preponderante la idea democrática pura, sobre la manía monárquica que los situacioneros padecen. Díz que la inmensa mayoría del país rechaza la idea republicana.

O *La Iberia* y sus secuaces son el país, y en este caso creo que ganaríamos mucho, los pocos que opinamos de manera opuesta en declarar-nos extranjeros.

O *La Iberia* tiene una aritmética especial; mejor dicho, no tiene ninguna.

No nos estraña la inocencia matemática del papel semi-oficial: hay notabilidades que solo sirven para empleados.

Por lo demás, echemos una cuenta á la ligera, para formarnos una idea de las cantidades que representan cada aspiración futura.

Cargo.	
Alabarderos nacionales, periodistas con propina, y empleados...	6 fanegas.
Porteros de palacio, seis aguadores y un par de personas medio decentes...	2 celemines.
El ministerio popular, hasta cierto punto...	50,000 fusiles.
Total...	0.000,000 personas.
Data.	
Los españoles...	16.000.000 y pico....
Balance...	Cargo... 0.000,000 Data... 16.000.000
Resultado...	Dos héroes sjlbados.

Regocijaos situacioneros: Mamones de la prensa ministerial: Desertores de la democracia,

Yo os saludo con el respeto debido á vuestras facultades digestivas.

Si en este país... de abanico, se hiciera algo bueno, se os levantaría una estatua, ó dos, en cada callejuela, y vuestros bustos, colocados en los aparadores de una fonda entre una cabeza de jabalí y una lengua de Estrasburgo, figurarian dignamente con un lema, que sirviendo de reclamo, os ensalzara diciendo: «Fonda Nacional. —Al succulento presupuesto, los estómagos agradecidos.»

Seguid comiendo todos, y como dignos representantes de la nación, conque comais vosotros basta.

El país harto, en comisión, engordará. Si el estado de la patria es lamentable, los duelos con pan son menos, y ante, las grandes desgracias hay que oponer el olvido que produce la gastronomía. Comed para no enterneceros. La libertad que nos habeis dado nos parece muy bien.

Supongo que no estrañareis que, en confianza, nos tomemos alguna más.

Vosotros podéis decir que si en Cádiz alboré la luz de la libertad, en la nómina se percibe un ambiente á chuleta que regenera.

Y entre la regeneración del país y la *Regeneración* de los *cristicolas* estoy por la nutrición higiénica.

Esto marcha ¿verdad que sí? Solo nos falta un señorito que se vista de rey de copas y ocupe el Palacio de Oriente.

Y que el señorito dé bailes y dé banquetes, reúna suripantas de sangre azul, y se presente al público de vez en cuando para tener el gusto de contemplar un régio busto.... y *tutti contenti*.

En tanto yo, si me ayudan, iré cantando vuestras glorias y vuestras indigestiones.

Y hasta otra os deseo paz, y que siga el pan. Vamos, morenitos, un poco de buena voluntad y *tragad la Píldora*.

Madrid, 28 de Octubre de 1868.

JUAN MANUEL RUIZ.

LA PÍLDORA.

MEDICINA NACIONAL

PROPINADA AL PÚBLICO.

SE ADMINISTRA SEMANALMENTE.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Un mes, en Madrid. 4 rs.

Idem en provincias. 5

Se admiten suscripciones en las principales librerías.

MADRID —1868.

Imp. de D. F. Hernandez, Dos Hermanas, 19

Pobre con cien al ver e del pseu Horro despreci que aye hoy pid

¡Dios conse la justicia, tran rantia de la ley ¡Vivan años ron á la patria, y du Barry la ¿Qué seria guerola, de la de la Guerra, y la revolucion ta bres que nos ge Manes de lo en la toma del Serrano; bailad rada sepultura, mismo procedin ensayásteis; pro do por aquellos un error á bayo Y tú, pueblo inmoladas en a convéncete de t dado á medias de entonces, ho Uno mi voto ficó una sábana de que esto se sc Si señor; que el entusiasmo de digo, recién emp No dudeis, tar obstáculos al ó trote que sigue Sin su existe tes de insignias n ponibilidad y del Prim? Sin esta situa sion de reirse de Sagasta, ni de oir al grito de ¡viva Tan sorprend espectáculos, sólo abundancia y libe La influencia odas partes.